

MARXISMO O ESTRUCTURALISMO



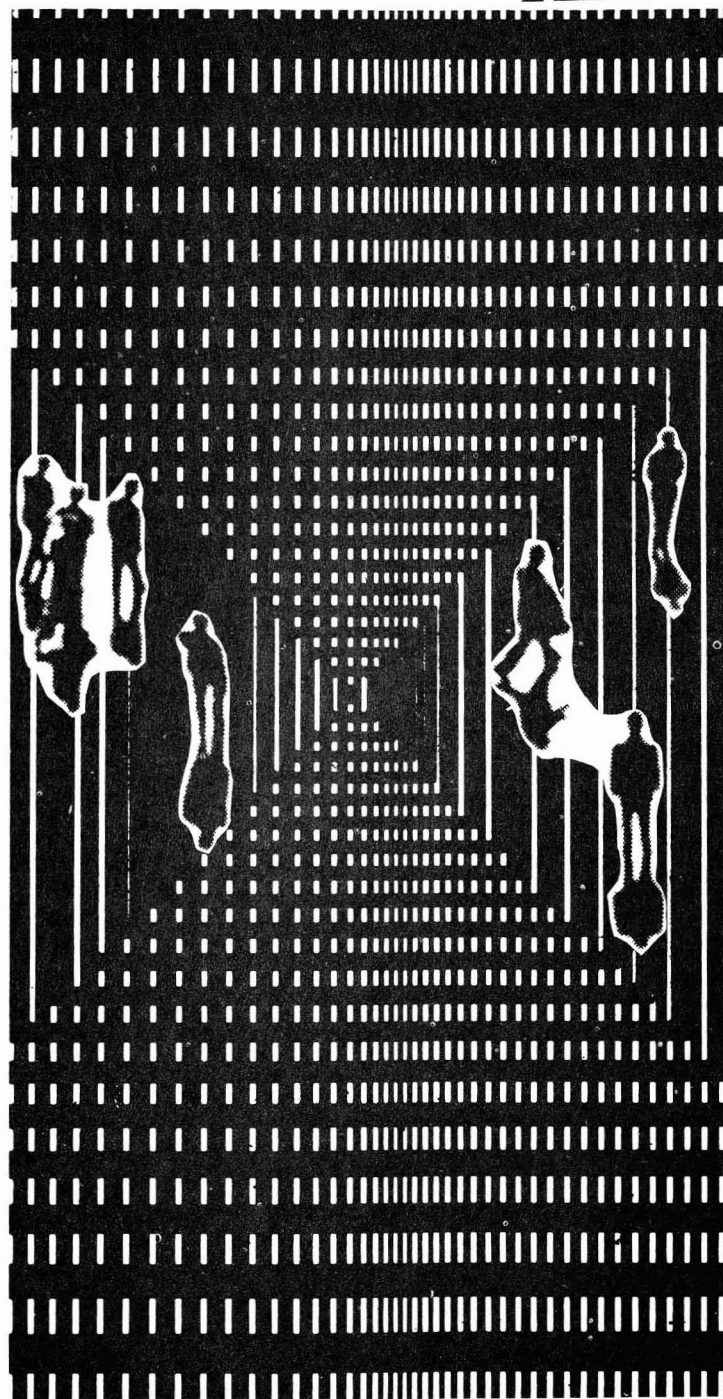
Desde 1906, Ferdinand de Saussure expuso sus teorías lingüísticas en la Universidad de Ginebra y en 1915, sus discípulos Charles Bally y Albert Sechehaye, entre otros, las recogieron en un libro publicado después de la muerte del maestro. A esa coincidencia fortuita —todas lo son— le debemos numerosos hechos de desigual importancia: el *Curso de lingüística general* atribuido a Saussure, la popularización de la palabra sistema y de la palabra dicotomía, el llamado *boom* lingüístico, el descrédito de los neogramáticos y de los más diversos teóricos de la literatura, un interés desmesurado por el formalismo ruso y también por el idioma del mismo nombre, la redefinición de los conceptos lengua y habla, varios ensayos contra el realismo stalinista, la invención de la diacronía y de la sincronía, el desconcierto o el enojo de algunos marxistas, el que los alumnos de literatura logren reprobar una materia; le debemos, en fin, los trabajos de Lévi-Strauss, Althusser, Barthes, Foucault y Jakobson. Además, el hecho evidente de que el conocimiento en nuestra universidad esté dividido en dos bandos, a ratos amigables: el de los marxistas y el de los estructuralistas.

Averiguar el secreto del mundo ha sido la tarea de todos los hombres. Cada época ha ofrecido diversas soluciones, pero en lo íntimo, nadie ignora que esa labor no ha terminado todavía. Con fatigada confianza, el último siglo ha aventurado dos posibilidades contradictorias: unos, los marxistas, han propuesto cambiar el mundo; otros, los estructuralistas, describirlo. Señalar las pequeñas divergencias, llegar hasta las últimas coincidencias, me ha parecido difícil; deslumbrada por la facilidad, he preferido imaginarlos como dos tendencias enemigas.

Interrogar los textos de unos y otros conduce a comerciar con un alucinante vocabulario de términos homófonos. Un índice, que excluyera las divergencias, obligaría a inventariar los mismos conceptos claves: la estructura, la historia, la contradicción, lo científico, lo concreto. Nombres caros al marxismo y al estructuralismo, su identidad fónica encubre una semántica opuesta.

En el párrafo más célebre de la teoría marxista, aquel que prologa la *Contribución a la crítica de la economía política*, Carlos Marx escribió:

“en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general.” ...“En una fase determinada de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes” ...“De formas





evolutivas de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas. Entonces se abre una época de revolución social. El cambio que se ha producido en la base económica (en la estructura, pues) trastorna más o menos lenta o rápidamente toda la colosal superestructura".

En las páginas que Jean B. Fages dedica a la comprensión de Claude Lévi-Strauss pueden leerse las siguientes líneas:

"Un análisis sistemático de los mitos, sólo será posible si se descubren unidades y combinaciones permanentes, es decir, estructuras por encima de las versiones particulares".

Ambos autores mencionan la estructura; Marx privilegia el cambio, vale decir la revolución; Lévi-Strauss, si confiamos en la versión de Fages, lo invariable. (No pretendo con estas citas, naturalmente fragmentarias, ser convincente; apoyan, debilmente, una intuición incierta).

No es discutible que la sincronía ha llamado la atención de los estructuralistas; creo que en alguna parte, Jakobson echa de menos un mayor número de estudios dedicados a los problemas diacrónicos de la literatura; sé, con seguridad, que el concepto histórico de Lévi-Strauss propone una historia no serial, no sucesiva, ya que:

"el código que utilizamos en prehistoria no es preliminar al que nos sirve para la historia moderna y contemporánea: cada código remite a un sistema de significaciones que, al menos teóricamente, es aplicable a la totalidad virtual de la historia humana. Los acontecimientos significativos para un Código no lo son para otro".

Al contrario, y las citas son innecesarias, Marx le otorga preponderancia a la sucesión temporal de la historia e igualmente al hecho concreto, singular.

En el materialismo histórico —valga la reiteración— la historia es el tema central; el estructuralismo, en cambio, le concede una posición jerárquica de menor importancia; como ciencia nueva atribuye esta ausencia a la brevedad del tiempo, no a un culpable descuido, y así debemos aceptarlo.

Un prolijo deslinde de los dos conceptos históricos es imposible aquí; no así una última diferencia que considero imprescindible señalar. Para Marx, el sujeto de la historia es el hombre concreto; para Michel Foucault, estructuralista, el sujeto de las 'ciencias humanas' no es el hombre, sino la episteme.

Dice Marx: "Toda la historia de la sociedad humana, hasta el día, es una historia de la lucha de clases. Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y oficiales; en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida".

Dice Foucault: "lo que manifiesta lo propio de las ciencias humanas no es, como puede verse muy bien, este objeto privilegiado y singularmente embrollado que es el hombre. Por la buena razón de que no es el hombre el que las constituye y les ofrece un

dominio específico, sino que es la disposición general de la *episteme* la que les hace lugar, las llama y las insta —permitiéndoles así constituir al hombre como su objeto".

Los tratados de filosofía no siempre se demoran en el estudio de la dialéctica, esta omisión no implica, obligatoriamente, que ese tema fundamental esté ausente. Una historia de la dialéctica entrega, sin embargo, un conjunto heterogéneo de nombres, quiero decir, una genealogía ajena o contradictoria. Contrastar la dialéctica hegeliana y la marxista ha sido un largo lugar común, sin embargo, su reiterada evocación no invalida su valor ejemplar, su puesta en escena de los peligros que podría entrañar una identificación superficial y apresurada. Arduo, igualmente, es diferenciar el modo estructuralista del marxista; tal vez, con disimulada pereza, creo que los estructuralistas privilegian el modo binario, ahí donde los marxistas lo hacen con el dialéctico.

En los "problemas generales" de sus *Ensayos de lingüística general*, Roman Jakobson cita una vez a Rudolf Carnap, uno de los fundadores del positivismo lógico; numerosísimas veces solicita, y lo considera de vital importancia, la cooperación de los lingüistas y los teóricos de la comunicación. (Es curioso observar que Jakobson, profundo conocedor de estas cuestiones, se refiere a los teóricos de la comunicación —la parte realmente teórica— y no a la teoría de la información —la parte aplicada). Más cercanos a los teóricos de la comunicación que los marxistas, Jakobson iguala el principio dicotómico heredado de Saussure a los términos binarios de la cibernética:

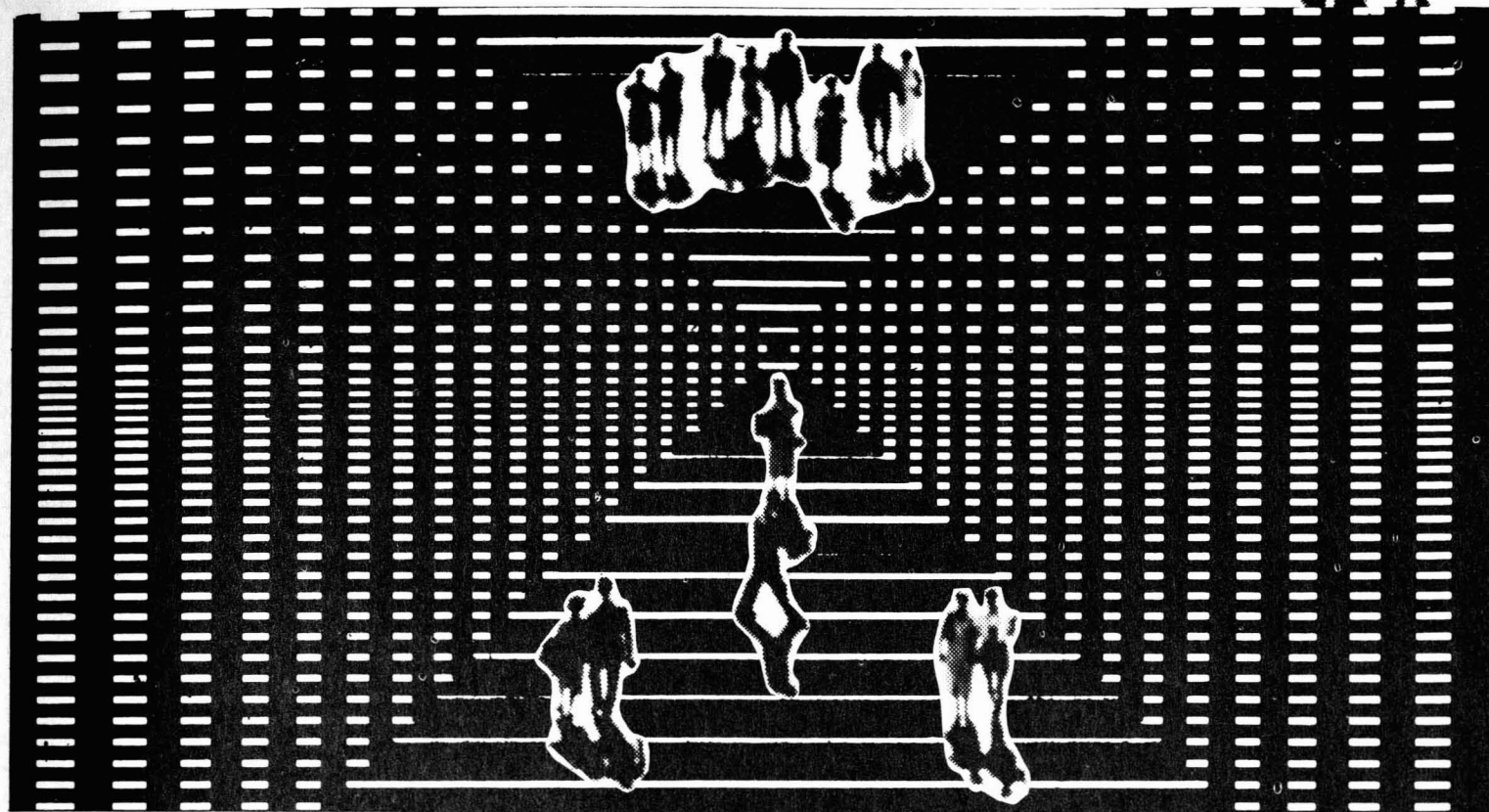
"El descubrimiento progresivo de la lingüística de que un principio dicotómico está en la base de todo el sistema de los rasgos distintivos del lenguaje se encuentra corroborado por el empleo como unidad de medida, en el campo de los ingenieros de la comunicación, de los signos binarios (*binary digits* o bits, para emplear la palabra que se ha vuelto popular)".

"La découverte progressive, par la linguistique, qu'un principe dichotomique est à la base de tout le système des traits distinctifs du langage, se trouve corroborée par l'emploi comme unité de mesure, chez les ingénieurs des communications, des signaux binaires (*binary digits* ou bits, pour employer le mot-valise devenu populaire)".

Otro concepto depara la dialéctica; en los escritos marxianos, la dialéctica posibilita el devenir, omitir este último término sería no sólo deformarla, sino eliminarla. En la dialéctica, el sí y el no viven una lucha ininterrumpida, no son, pues, como en las soluciones binarias (falso-verdadero, cerrado-abierto, presente-ausente, apagado-encendido) vocablos excluyentes.

Abordaré ahora friamente las dos versiones de la palabra científico. Con desasosiego, con recelo a veces, alguna ocasión con





terror, los mexicanos escuchamos el calificativo de científico cuando en el texto se ha mencionado la corriente positivista. Acusar a los estructuralistas de los delitos neo-positivistas y a éstos de las culpas del positivismo comtiano a la mexicana es perpetrar una trampa, acudir un argumento chovinista. En este país, el positivismo es el otro rostro de Porfirio Díaz; dejemos, entonces, recurso tan barato. Por un momento, olvidemos el lavarse las manos de nuestros científicos de principios de siglo, abandonemos el problema de que la descripción sin tomar partido acaba por justificar el statu quo. Aceptemos únicamente que algunos procedimientos científicos como la abstracción o la observación de lo concreto son comunes a Marx y al estructuralismo.

En ambas tendencias, la pretensión científica alude a la confianza de poseer la verdad. Para Marx, el materialismo histórico es una visión científica del mundo. Los estructuralistas reservan este honor al método estructural. Nadie puede culparlos por su confiada certidumbre, su entusiasmo saca a relucir su sinceridad.

Tzvetan Todorov, el antólogo y más influyente investigador del formalismo ruso, admite que las obras traducidas de los maestros formalistas son, casi siempre, teóricas. De una manera práctica y convincente, Todorov justifica este hecho: la escasa familiaridad —cuando no el desconocimiento absoluto— de los lectores franceses con la lengua rusa o la checa ha hecho inútil o imposible la traducción de los trabajos formalistas aplicados a textos literarios escritos en aquellas lenguas. Por fortuna, los estructuralistas escriben en francés —Lévi-Strauss, Foucault, Barthes— o en inglés —el ruso Jakobson, quien además revisa sus traducciones en todos los idiomas. A ellos, no puede adjudicárseles un problema de orden técnico y si he de ser sincera, su preocupación por lo concreto equivale más o menos, en unos y otros, a sus desvelos por lo teórico. No me atrevo a omitir, sin embargo, que para el marxismo, la praxis no es una elección personal, sino una parte inseparable de su teoría.

Algunas advertencias no sé si prescindibles. La primera. Para los

lectores expertos no es necesario aclarar que estas notas han sido escritas por una persona, yo, dedicada a la investigación literaria y no a la filosofía. Explicito esta anomalía para aquellos lectores que no lo hayan descubierto a lo largo del texto y confundan algún error involuntario con una desmesurada e inexplicable pasión contra el estructuralismo. La segunda. Hablar de estructuralismo e incluir una nómina tan heterogénea como la de las líneas anteriores es simplificar demasiado, deja de lado lamentablemente el sabor nietzschiano de Michel Foucault, por citar un ejemplo. No creo invalidar mi texto con esta advertencia, porque escuelas tales como el positivismo o el marxismo tampoco implican la indentificación de unos autores con otros. La tercera. La lectura de la poética de Jakobson, la inteligencia genial de los estructuralistas, revela que si revivir el lenguaje es la obligación inmediata de la crítica literaria marxista, revivir el referente (el mundo real) es la del estructuralismo. La cuarta. En las páginas que Galvano Della Volpe dedica a rebatir a Jakobson se menciona, con frecuencia, el nombre de Platón; en otras, las que Henri Lefebvre dedica a la refutación de Lévi-Strauss, el de Zenón de Elea; utiliza en contra del antropólogo, la teoría de Heráclito, no cita, sin embargo, este fragmento de Saussure que transcribo enseguida:

“En efecto, la inmovilidad no existe: todas las partes de la lengua están sometidas al cambio; a cada período corresponde una evolución más o menos considerable. Esta puede variar de rapidez o intensidad sin que el principio sea afectado; el río de la lengua corre sin interrupción; que su curso sea apacible o torrencial es una consideración secundaria”.

Lejos de intentar desmentir a Lefebvre, esta cita pretende apoyar lo que dije en las primeras páginas: Señalar las pequeñas divergencias, llegar hasta las últimas coincidencias, me ha parecido difícil; deslumbrada por la facilidad, he preferido imaginarlas como dos tendencias enemigas.